

Me aferré a la promesa de papá como me aferraba a los bordes de su ruana en las noches frías en que la luna se dejaba ver y alumbraba el maizal.

“Cuando cumplas seis años te enseño a elevar cometa”.

Él despertaba antes de que saliera el sol, hacía una oración sentado al borde de la cama que nunca logré entender muy bien, se abotonaba la camisa, se ponía el sombrero, iba a mi cuarto y me besaba en la frente, y salía a ordeñar y a recoger el maíz. La sensación de su bigote, las punzadas de su barba sobre la piel perduraron en mí como una marca del despertar. Después, mamá me peinaba con una trenza, preparaba aguapanela y me acompañaba caminando hasta la escuela.

Desde su promesa yo me tumbaba por horas a ver las cometas de los otros en el aire. “Puedes ir después de hacer las tareas”, advertía mamá. “Ma, yo ya sé sumar. Vea, dos y dos, cuatro; cuatro y cuatro, ocho; ocho...” Miraba las nubes, el cielo, los hilos, las cometas, el sol, otra nube “¡Esa tiene forma de dinosaurio!, ¡esa se parece a don Ramiro!”. Me acostaba en uniforme sobre la manga y mamá tenía que lavar un montón los uniformes porque solo tenía uno de gala y uno de educación física.

Las cometas jugaban a mezclarse entre ellas, a ver cuál iba más lejos, más alto, por más tiempo. Colores, formas distintas. “¡Se enredó la pita!, ¡ey, esa es la mía!”. Yo desde abajo cerraba los ojos y me imaginaba qué sentirían las cometas allá arriba, si haría mucho frío, si alcanzaban a distinguir a su dueño desde tan lejos. Me imaginaba como una de ellas, viendo los cerros desde las alturas y las casas cerca del parque, y la torre de la iglesia, y las vacas y el maizal de papá. Cerraba los ojos con mucha fuerza y sentía el viento arrullarme por entre las otras cometas, atada solo a un hilito, sobrevolando todo lo que pisan los pies. Y ahí

tendida le rezaba a Dios porque era bueno y había creado las cometas y el viento, y le pedía que si podía cumplir seis años rápido para yo también poder poner mi cometa entre las demás.

Y Dios escuchó. Llegó agosto y la noche antes de mi cumpleaños no pude dormir sino hasta muy tarde de la emoción de que fuera el otro día, aunque mis papás, como en la noche de Navidad, me dijeran que entre más rápido me quedara dormida, más rápido se hacía de día.

Cayó un domingo, y a las ocho me despertó el bigote sobre la frente y me cantaron el cumpleaños con un vaso enorme de leche achocolatada que era un lujo de una vez al año. Me lo tomé enterito y miré a papá con ilusión.

“Bueno, vamos a hacer la cometa”. Nos sentamos en el jardín él y yo con los plásticos y palitos de madera, y mamá nos trajo arepas. Las manos ásperas de papá fueron dándole forma a mi sueño mientras yo le iba pasando lo que él me pedía. Finalmente quedó lista; no era tan grande o llamativa como algunas de las que había visto en mis largas jornadas, pero era la mía y la había hecho papá para mí, y era con ella que iba a elevar por primera vez.

Corrí a la parte más alta del morro detrás de la casa donde se alzaba un solitario yarumo plateado que yo usaba de referencia desde el pueblo para saber dónde quedaba mi casa. Llegué primero que papá, que caminaba despacio por entre el camino con la compañía de un perro que en el campo, por algún motivo, siempre aparece de alguna parte. Las hojas del yarumo, abiertas como manos de gigante, estaban estáticas. El césped, inmóvil. Mi falda, quieta.

Llegaron papá y perro y me dio toda la teoría que casi no escuché de las ganas que tenía de empezar, y me contó cómo su papá le había enseñado a él y a sus hermanos cuando también habían cumplido seis años, y me dijo que aprendiera para que yo también pudiera enseñarle a mis hijos.

Papá cogió la cometa y empezó a correr morro abajo dejando caer el hilo que iba quedando como una estela sobre la hierba, y el perro lo siguió ladrando y moviendo la cola. Miré la cometa esforzándose por subir, esperando que trepara hasta el cielo; se sostuvo en el aire unos instantes, pero cuando papá llegó abajo ella empezó a tambalear y cayó con el vaivén de una pluma. Me acerqué como hasta el cuerpo de un pájaro herido. “Recógela, volvamos a ensayar”, gritó papá mientras subía de nuevo. La tomé entre las manos con delicadeza: “No importa, es la primera vez, en esta sí vas a poder”, le susurré. Papá corrió morro abajo otra vez. El perro ladró. El hilo no templó. La cometa al suelo.

La miré ahí tirada sin entender muy bien por qué mi cometa no había querido volar, si papá la había hecho conmigo y los palitos de madera estaban buenos, si a mamá le había parecido muy bonita y yo le había puesto mi nombre con marcador, y ya era mi cumpleaños número seis.

Cuando papá subió otra vez, ya respirando con más dificultad, me encontró sentada junto a ella, llorando en silencio, tocando las letras de mi nombre sobre su superficie. Sentí su barba en la frente. “Negrita, no llores. Es que no hay viento”. Yo pensé que cómo no iba a haber viento si yo estaba respirándolo y los aviones estaban volando, y los pájaros también. Entonces me sequé las lágrimas y cogí la pita y la cometa con mis dos manos frente a mí, y empecé a soplar hasta vaciar mis pulmones, como inflando un globo. Respiré y volví a soplar, como cuando mis amigos apagaban velas de las tortas en sus cumpleaños. Soplé, soplé con todo, pero la cometa no hacía nada y solo se quedaba ahí frente a mí, y yo empecé a llorar mientras soplaba porque viento sí había, pero ella no quería subir. Me fui corriendo con las lágrimas en los ojos hacia mi casa, con el perro detrás que chillaba como yo.

“¡Negrita!”, escuché ya casi llegando. “¡Negrita, mírala, mírala!”.